

EDUARDO GREGORIO y otros escultores



EDUARDO GREGORIO: Desnudo

El nombre de Eduardo Gregorio va unido al nacimiento y eclosión del arte contemporáneo en Gran Canaria. Alumno de la Escuela de Luján Pérez desde la fundación de ésta, a la muerte de Juan Carlos (único profesor fijo con el que contaba aquella institución) Eduardo Gregorio accedió a la dirección de la misma, cargo que desempeñaría hasta 1947. Su mayor edad (había nacido en 1930) y una consecuente aventajada destreza en el oficio, le concedió cierto ascendiente entre sus compañeros, sobre los que ejerció un indudable influjo.

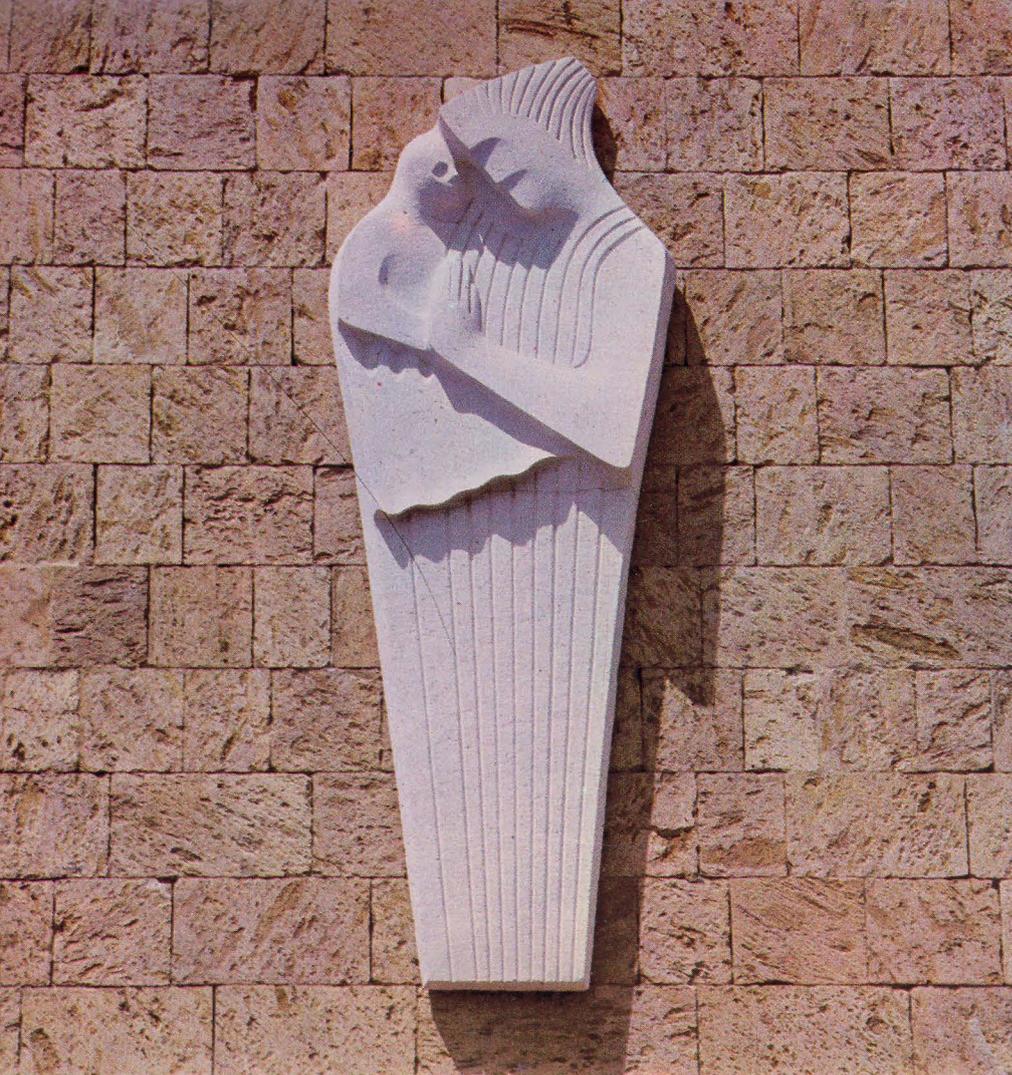
La obra escultórica de Gregorio (poco numerosa, por otra parte, habida cuenta lo dilatado de la vida del artista —falleció en 1974— y el hecho de que trabajara hasta los últimos meses de su existencia) se caracteriza por su exce-

lente perfección formal y su calidad matérica extraordinaria. El artista poseía una sólida formación artesana; la piedra y la madera no encerraban ningún secreto para él; y ese conocimiento se advierte en el tratamiento y acabado de sus piezas.

Sus primeros trabajos de talla en madera tienen como modelo, al igual que el de todos sus compañeros de escuela, a la campesina insular: son cabezas de muchachas tratadas minuciosamente, con cierta deformación de sus rasgos más característicos. De esa época datan también sus admirables retratos de Fray Lesco y Alonso Quesada; singularmente el primero es un exacto exponente de la vida interior del modelo, que aflora a través de perfiles angulosos que recuerdan la cercana lección del cubismo.

De 1948 a 1956 Eduardo Gregorio fija su residencia en Barcelona y realiza exposiciones en aquella ciudad y en Madrid. Sus obras de esos años tienen unas formas más redondas y gráficas. Maternidades y desnudos femeninos son los temas que trata entonces con preferencia. Las piezas realizadas en ébano tienen, según Gaya Nuño, “una belleza propia y misteriosa”. Lo cierto es que en el trabajo de esos años se refleja una influencia de la escultura mediterránea, representada en Cataluña por un Clará. El escultor parece recrearse en la morbidez de la curva, resuelta con simplicidad y elegancia sumas.

En 1951, con ocasión de habersele otorgado el primer premio a una talla suya en alabastro expuesta en la Exposición Internacional celebrada en Tánger, Gregorio se traslada a aquella ciu-



E. GREGORIO: Virgen.

dad en la que residirá durante cuatro años. En ese breve período, en su escultura se operan cambios fundamentales. Influida por la estatuaria negra, de estilización ascendente, Gregorio abandona su anterior preferencia por la curva y crea sus *parejas de moros*, donde la figuración aparece sutilizada al máximo. Dichas esculturas, como anota Fardalo, poseen simplicidad, despojamiento, pero están llenas de agudeza, “con una valoración clara de lo que puede ser eliminado e insinuado y de lo que debe, por el contrario, expandirse”. El volumen de esas esculturas termina en angulosidades que, pese a su incidencia geométrica, no sólo no parecen pesar, sino que poseen una cualidad aérea. El mismo material en que están realizadas —alabastro— les otorga un carácter grácil, de esbelta suavidad.

Como si la evolución de Gregorio estuviera supeditada a sus continuos cambios de residencia, el siguiente paso en su trabajo lo realiza en Venezuela, país en el que vivirá de 1957 a 1963. Continuando con su proceso de simplificación lineal, sus nuevas obras tienen prácticamente un espíritu abstracto, muy próximo al del trabajo de Brancu-

si: rostros singularmente conseguidos con simples punciones en el alabastro, y animales sumariamente recortados en su volumen más característico, configuran su producción de esos años venezolanos. Durante los mismos ejecutó también cerámica, técnica que había aprendido con Llorens Artigas, en Barcelona, y cuya lección se evidencia en el trabajo de Gregorio. Sus “gres gran fuego” tienen, como las esculturas, un ritmo formal simple, elegante; los colores de la vitrificación reiteran principalmente una amplia gama de tonos mates, gris y marrón.

En el transcurso de sus años venezolanos Gregorio ejerció como profesor en la Escuela Nacional de Bellas Artes,



de Caracas, y en otras instituciones docentes de aquel país. Sus últimos años de residencia en Las Palmas los dedicó principalmente a la actividad de ceramista, realizando muy pocas esculturas.

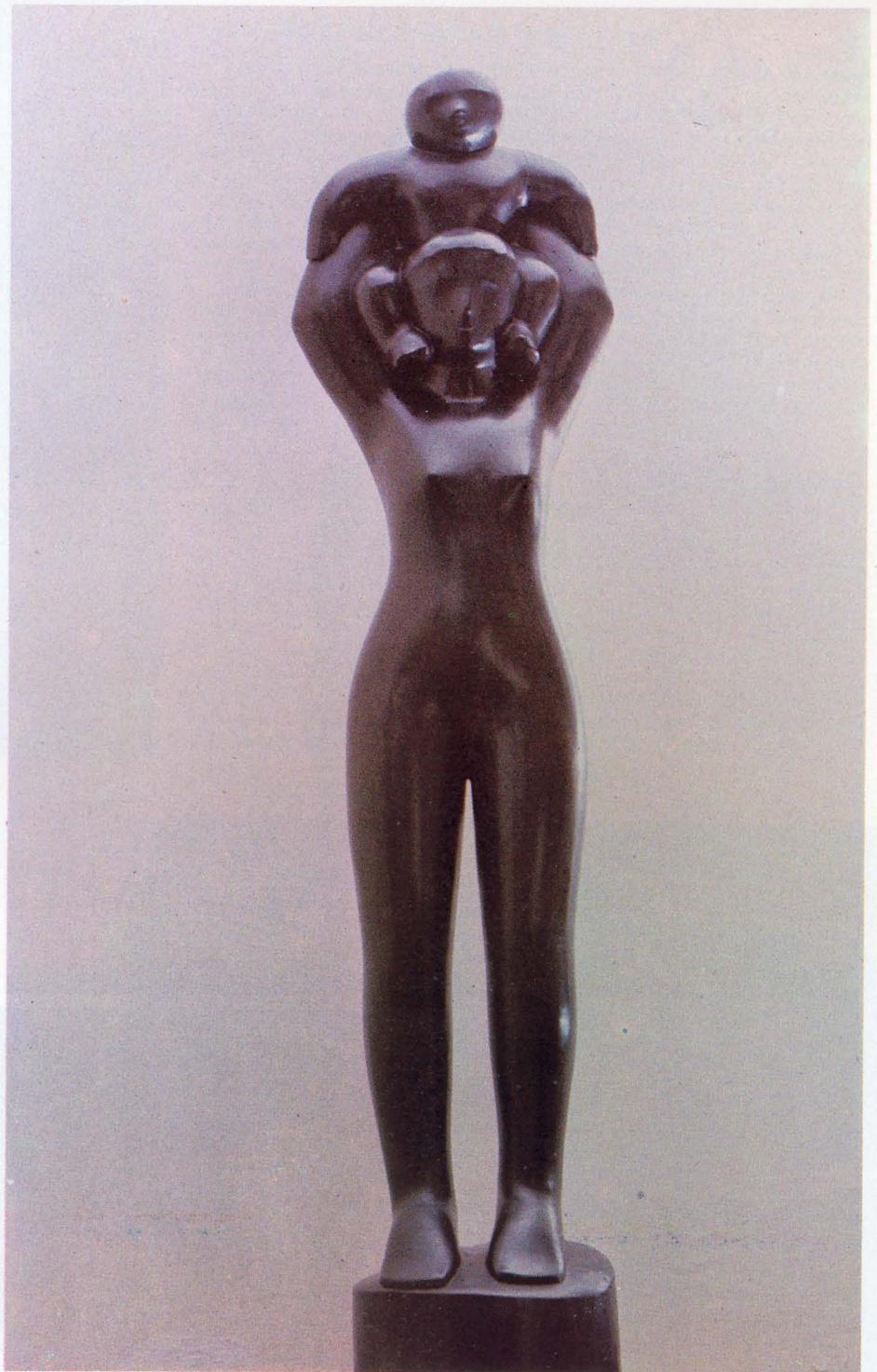
Dentro de la línea de Gregorio y de Plácido Fleitas hay que situar a otros escultores de su misma promoción, como Juan Jaén y Juan y Miguel Márquez. El primero es el único que ha desarrollado una obra coherente y continua, en contraste con la más esporádica y episódica de los otros dos. Jaén parte también de modelos étnicos insulares y progresivamente va simplificando sus formas hasta alcanzar una figuración muy estilizada. Desde hace bastantes años reside en Venezuela, donde ha desempeñado puestos docentes y realizado algunas obras públicas de carácter monumental. Como Gregorio y Fleitas, Jaén es un excelente conocedor del oficio, y sus obras tienen ese acabado característico que imprimen a sus obras todos los buenos escultores canarios.

Más jóvenes que los anteriores, dotados de diferente espíritu inquiridor de formas, pero en su misma línea de perfección formal, hay que anotar la existencia de otros escultores: Manuel Bethencourt, Angel Pérez, María Belén Morales y Tony Gallardo.

Manuel Bethencourt (1931) estudió en Madrid y en Roma (fue galardonado con el Gran Premio Roma en 1968) y posee una sólida formación académica. Esta condición, cuando no es obstáculo, se convierte en una valiosísima auxiliar del trabajo del artista. En el caso de Bethencourt, su instinto nato de escultor le ha hecho ir superando el academicismo implícito en sus primeras obras, arribando lo anecdótico y quedándose con lo esencial de las formas, sin prescindir de la figuración.

La obra de Bethencourt, realizada casi toda en bronce, puede, con algunas salvedades, incluirse dentro de un estilo expresionista poco ortodoxo. El escultor estiliza sus figuras, sin que tal estilización llegue nunca a la deformación dramática que caracteriza al expresionismo. En esas obras hay una tendencia hacia la serenidad clásica, muy mediterránea en su concepción, que compensa la distorsión de la imagen.

Angel Pérez (1926) se ha radicado desde hace bastantes años en París, hasta el punto de que actualmente su obra se integra con toda normalidad en exposiciones colectivas de la escultura francesa contemporánea. Las esculturas de Angel Pérez —al menos el escaso número de las que hemos tenido ocasión de



E. GREGORIO: Maternidad.

ver— son de características idénticas, en líneas generales, a las de Bethencourt: iguales figuras estilizadas y contenidas con severa elegancia.

María Belén Morales ha titulado la serie más importante de sus esculturas con el rótulo de "Aerovisión", título de alguna manera relacionable con el "Cosmoarte" de Pedro González. Pero las intenciones filosóficas que abonan cada una de estas obras son distintas.

Mientras González traduce pictóricamente la aventura del hombre en el espacio, aventura que lleva implícito su regreso al medio natural, María Belén Morales propone una suerte de incitación a la libertad sin retorno. Sus obras, en efecto, adoptan la forma de hipotéticas naves espaciales cuya proa aguda busca el rumbo de las estrellas. Para la construcción de las mismas la escultora ha utilizado el hierro, la madera, el plás-



E. GREGORIO: Desnudo.

ticos. Mayor originalidad poseen sus trabajos más recientes. Sus "callaos" buscados a través de la áspera geografía isleña, tienen el significado, más allá de la estricta función escultórica, de la recuperación de signos propios, alguna vez perdidos. El trabajo de Gallardo sobre esa dura piedra es tan elemental como efectivo: la pule (a veces), le hace una muesca (horizontal o vertical), transformando una materia anónima en una muestra válida dentro de la concepción moderna del arte.

De entre las nuevas promociones de escultores hay que destacar, finalmente, la obra de Borges Linares (1942) cuyos trabajos más recientes, dentro de una línea de expresionismo casi abstracto, hacen presagiar con él la existencia de una continuidad válida y eficaz a la escultura canaria.

LAZARO SANTANA

E. GREGORIO:
Cerámicas.

tico, etc. dispuestos en diversos planos, recortados y curvados suavemente. María Belén aprovecha la expresividad del material, combinando superficies opacas con otras brillantes; el proceso industrial y artesano llevado a cabo articula un lenguaje actualísimo, aunque sólo sea en consideración a la mitología de la materia. Sus últimas obras parecen modificar ligeramente el rumbo de las precedentes con la formulación de un espacio activo con signos totalmente abstractos.

En cuanto a Tony Gallardo (1928) simultanea la práctica de una tendencia figurativa —en dibujos y obra gráfica— con otra abstracta, en sus piezas escultóricas. Estas, realizadas en metal (que unas veces cromada y otras deja en su apariencia original) constituyen el desarrollo geométrico de una masa que se modula en el espacio con cierta rigidez ortogonal. Los dibujos y gráficos aluden a un mundo popular, con simbolismo específicamente sociales o/y polí-

